

bam
bú

WILLIAM JOYCE

La ODISEA de OLLIE



Traducción de
Arturo Peral

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Ollie's Odyssey*

Publicado por acuerdo con Atheneum Books for
Young Readers, un sello de Simon & Schuster
Children's Publishing.

© 2016, William Joyce, por el texto y las ilustraciones

© 2017, Arturo Peral Santamaría, por la traducción

© 2017, Editorial Casals, SA, por esta edición

Casp, 79 – 08013 Barcelona

Tel.: 902 107 007

editorialbambu.com

bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-8343-510-6

Depósito legal: B-7316-2017

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

1

Perdido y encontrado

Cuando Billy nació, estaba casi perdido. Llegó a este mundo con un agujerito en el corazón, y los primeros días de su vida apenas estuvo con su madre y su padre. Estuvieron llevándolo de una habitación a otra en aquel laberinto de pasillos que configuraban el hospital donde había nacido. Los médicos le hicieron un montón de pruebas, sobre todo para medir el agujero y para ver si «aquello era algo de lo que preocuparse».

Cuando los padres de Billy supieron lo del agujero, se preocuparon muchísimo. Sintieron un miedo que apenas habían experimentado desde su tierna infancia, desde antes de aprender las palabras que describen los sentimientos. Pero no había palabras ni consuelo ante aquella inquietud, aquella desesperación profunda que sentían. Para una madre y un padre, un recién nacido se convierte de pronto en el ser vivo más querido. En un instante milagroso se crea el vínculo más fuerte de la vida.

Billy tiene un agujero en el corazón. ¿Estará bien? Tiene que estarlo. Ese era el único pensamiento que se permitían.

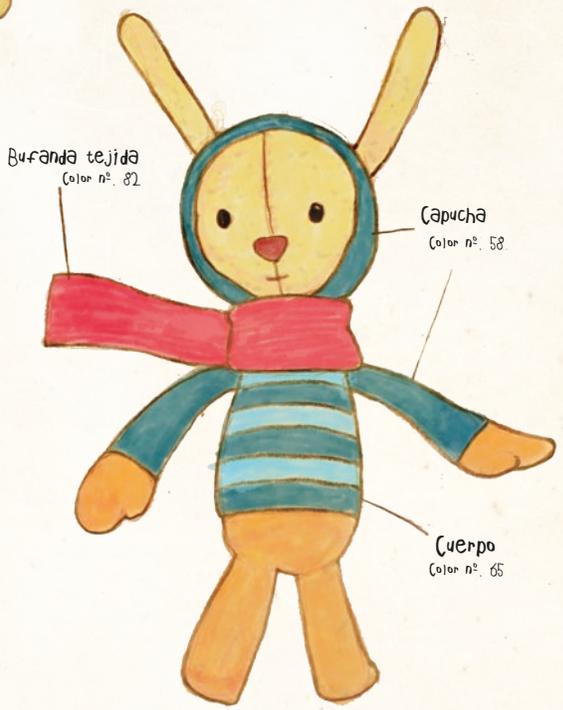
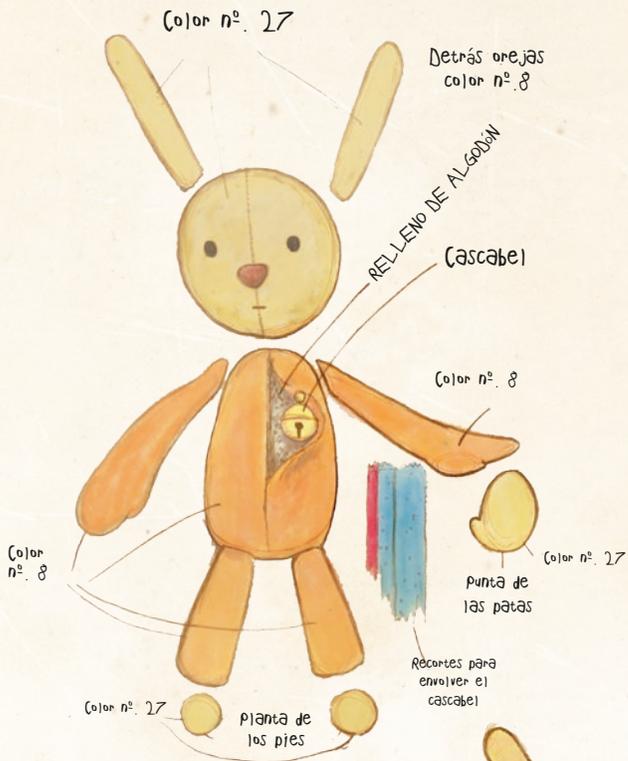
Sentados en el hospital, esperando, esperando y esperando alguna noticia, los padres de Billy vivían la agonía silenciosa y terrible del desconocimiento. Cuando los niños tienen miedo, se esconden debajo de las sábanas, o lloran, o gritan: «¡Tengo miedo!». En cambio, los adultos se quedan muy quietos y

aparentan que todo está bien; aunque tengan ganas de esconderse, de llorar o de gritar, no suelen hacerlo. Para los adultos esto es «sobrellevar algo», pero en realidad no es más que una forma educada de decir que están aterrados.

El padre de Billy sobrellevaba la situación entrelazando las manos con fuerza y apretando la mandíbula hasta que le dolía. Y su madre la sobrellevaba haciendo un juguetito para Billy. *Juguete* es una palabra que suena agradable en la mente y el recuerdo. Pero *juguete* también es una palabra limitada. Si se dan las circunstancias correctas, un juguete puede llegar a ser mucho más que algo con lo que uno juega o se entretiene.

Puede llegar a ser milagroso.

El juguete que la madre de Billy cosía ya era especial. Estaba hecho de varios tipos de tela de lo más agradables que ella había escogido con mucho mimo. Y tenía una forma encantadora. Parecía un



oso de peluche, pero, por alguna razón difícil de explicar, la madre de Billy le había puesto orejas largas que recordaban vagamente a las de un conejo. Así pues, no era ni un oso ni un conejo, sino algo único. Llevaba una capucha de rayas azules y una bufanda roja al cuello. Su rostro, sencillo y esperanzador, transmitía dulzura.

La madre de Billy se dejaba guiar por su buena vista e instinto maternal para hacer aquel muñequito gracioso con forma de conejo. Cosía como una experta. Aunque estuviera hecho a mano, el juguete no tenía aspecto extraño o desaliñado, sino más bien audaz e inusualmente encantador. *Este juguete será importante*, dijo ella para sus adentros.

Sentada en la sala de espera del hospital, procurando no temer por el pequeño Billy, unió el último pedazo al juguete, el que lo distinguiría de cualquier otro juguete del mundo. Con cuidado cosió en su pecho un minúsculo corazón hecho de



un trozo de tela que provenía de algo muy especial para ella: la muñeca que ella tanto había querido durante su infancia, la que había sido su muñeca preferida.

La había llamado Nina. Era una muñeca maravillosa. El nombre le vino a la cabeza en cuanto la sostuvo, y curiosamente le iba a la perfección.

Nina la había acompañado siempre durante su infancia. Y cuando todo su amor había dejado a la muñeca hecha pedazos, la madre de Billy guardó un jirón de lo que antaño había sido el precioso vestido de la muñeca, así como el cascabel que llevaba en su interior.

De ese modo, los restos de su propia infancia vivirían en el juguete de Billy. El cascabel estaba dentro del corazón y, aunque la tela de algodón azul lo ciñera con fuerza, emitía un tintineo leve pero agradable cada vez que alguien movía el juguete.

Cuando la madre de Billy dio la última puntada, cerró los ojos un instante para dejar que mil recuerdos de Nina la inundaran de nuevo. Pero aquellos recuerdos se vieron interrumpidos. Se dio cuenta de que el médico había venido. Traía a Billy, que estaba muy quieto y envuelto en unas mantas.

Los corazones de los padres de Billy se detuvieron en aquel instante. Pero el médico les estaba

sonriendo, y oyeron que Billy hacía un ruido parecido a un bostezo.

—Es un agujero muy pequeño —explicó el médico—. Hace unos años ni siquiera lo habríamos detectado. Se cerrará solo. Y Billy nunca sabrá que lo ha tenido.

Billy estaba bien.

El miedo de los padres de Billy se esfumó y, antes de que se dieran cuenta, tenían a Billy en brazos. Con esa sorprendente firmeza que tienen los bebés en las manos, agarró una de las orejas del juguete. Emitió un ruidito curioso: «Olly, Olly, Olly». Y los padres de Billy supieron al instante el nombre del juguete: Oliver, Ollie para los amigos.

Lo que nunca sabrían era que había ocurrido algo mágico.

Ollie también sabía su nombre.



2

una luna nueva

Aquella noche, en el trayecto del hospital a casa, Billy no soltó ni una vez la oreja de Ollie. El juguete colgaba y se balanceaba mientras la madre de Billy los llevaba en brazos por el hospital. El padre cargaba torpemente con montones de pañales, medicamentos, toallitas y cosas de bebé que les habían dado las enfermeras y trataba de no alejarse de ellos a su paso hasta la puerta principal. Ni la madre ni el padre podían dejar de sonreír a su hijo, y casi no

podían mirar otra cosa. Se olvidaron por completo de Ollie.

Al llegar a la salida del hospital, ninguno se percató de que las puertas automáticas se abrieron para darles paso, o que el cielo nocturno estaba claro y lleno de estrellas, o que la luna creciente brillaba sobre ellos. Pero Billy y Ollie sí se dieron cuenta. Era la primera vez que veían el cielo.

Cuando el padre de Billy los ayudó a subir al coche, acabó mirando hacia arriba.

–La luna está preciosa –dijo.

La madre de Billy alzó la vista.

–Sí, preciosa –asintió–. Una luna creciente.

Billy estrujó con más fuerza la oreja suave y ocre de Ollie. A Ollie no le dolió. En su lugar, provocó algo muy importante, algo que solo ocurre cuando un niño sostiene un juguete durante mucho tiempo. Mirando la luna, Ollie tuvo su primer pensamiento verdadero.

Parece que la cosa esa que llaman luna también tiene un agujero. Espero que se le cierre, como a Billy.

El cascabel de su corazón tintineó un poco cuando entraron en el coche y el padre cerró la puerta.

Ollie no sabía nada de los cambios de la luna. Había innumerables cosas que Ollie todavía no entendía. Las primeras horas de un juguete pueden ser muy intensas. Es como si se despertara después de mucho tiempo y tuviera que reaprender todos los aspectos de la vida. Especialmente en el caso de un juguete hecho a mano. Porque a través de las puntadas y la tela puede sentir fragmentos del pasado de su creador, como quien oye un eco.

Por tanto, Ollie tenía cierto sentido de las cosas: de los adultos y los bebés, de la noche y el día. Pero, en realidad, no conocía aún las palabras para designar esas cosas. Ni la palabra para nombrar el sentimiento que lo inundaba. Por eso, el trayecto en coche estuvo lleno de asombro silencioso. Observó

muchas cosas en el viaje, pensó muchas cosas más y se hizo muchas preguntas.

Los adultos han crecido. ¿Billy habrá menguado?

Los adultos son la «gente pariente» de Billy. Lo han creado. La «madre pariente» me ha creado a mí. Billy es suyo. Pero yo soy distinto.

El resto del trayecto lo pasó reflexionando sobre estas diferencias.

Escuchó con atención cuando llegaron a un sitio llamado «el hogar» y pusieron a Billy en una cosa llamada «cuna», y observó cómo apagaban en silencio la «luz» y se quedaban en una postura llamada «dormidos». Todas estas cosas las entendió casi de inmediato. Eran fragmentos de la vida de la que desde entonces formaba parte. Pero había otras cosas que sentía y que no sabía nombrar.

Allí, en la cuna, Billy asía a Ollie por el cuello y sus caras se rozaban ligeramente. Los dos eran suaves y cálidos. A Ollie le gustaba lo suave y lo cálido. Le



gustaba la sensación que provocaban en él. Le hacían sentir la palabra «seguridad». Pero sentía algo más, algo muy intenso, así que buscó y buscó en su nueva mente de juguete una palabra que se lo aclarara.

Al fin, con las estrellas y la luna brillando a través de la ventana, Ollie entendió qué lo diferenciaba del niño. Billy pertenecía a su madre y su padre, pero Ollie sabía que él solo pertenecía a una persona. Esa era la palabra que andaba buscando: «pertenencia». Le pertenecía a Billy.

Y sabía que aquella palabra era importante para él. Era como una manta caliente que le cubriría toda su vida.

3

El guardián de la seguridad

Billy siempre quería que Ollie estuviera con él y nunca se iba a la cama sin estrecharlo con fuerza entre sus brazos. Billy dormía con la cabeza de Ollie apretada contra el pecho, y el juguete escuchaba con atención el latido del corazón de su amigo.

No oigo un agujero, pensó Ollie, pero es que no sé a qué suena un agujero.

Según su teoría secreta, si por las noches colocaba su corazón cascabel sobre el pecho de Billy,

ayudaría a que el agujero desapareciera más rápido.

Es una pena que no tenga un cascabel en el corazón, pensó. Así seríamos igualitos.

En realidad sí se parecían muchísimo, porque estaban descubriendo el mundo juntos. Estaban haciéndose «a sí mismos» juntos. Pero, mientras que Ollie siempre estaba igual y no crecía, Billy siempre estaba pasando por algo llamado «fase», y cada una de estas fases traía consigo muchas experiencias nuevas que tenían asociadas distintos grupos de palabras.

Al principio Billy era un «recién nacido» o un «rorro». Ollie no entendía algunas de estas palabras, y nunca sabía por qué iban y venían, porque, para él, Billy no era más que Billy, y, por lo que sabía, no era más que un «bebé».

Pero comoquiera que lo llamaran, Billy seguía siendo suave y cálido..., excepto en algunas ocasiones.

A veces Billy estaba «mojado» y otras veces «apestaba», y para Ollie esa palabra era más que adecuada (porque suena un poco a lo que designa). Pero la idea de algo apestoso le parecía raro. *¿Qué pasa con esa sustancia «apestosa»?*, se preguntaba. *Deberían arreglar a Billy. Tiene muchas fugas. Y casi siempre son apestosas.*

Billy llevaba a Ollie a todas partes, así que cuando estaba realmente apestoso, a Ollie le acababa llegando algo llamado «K.K.». Entonces la madre de Billy sostenía al juguete, se lo acercaba mucho a la nariz y decía «¡Puuuuuaaaaaaj!». La «K.K.» siempre significaba «viaje a la lavadora». Y eso a Ollie no le gustaba. En absoluto. Era casi lo único que le asustaba. Era un lugar oscuro, húmedo, ruidoso y temible. Y siempre tenía que ir allí solo. A Billy nunca lo metían en la lavadora. Él se daba baños.

Siempre había más cambios y más palabras.

Billy empezó una nueva fase en la que daba sus primeros pasos. Al «hacer pinitos», Billy llevaba a Ollie de la oreja, pero lo sujetaba con la boca. Esa era su forma preferida de llevar a Ollie. *Creo que le ayuda a hacer pinitos*, concluyó Ollie, que desde entonces usaría la expresión «hacer pinitos» para referirse a andar. Había algunas palabras que a Ollie le gustaban mucho más que otras. Por ejemplo, cuando Billy era un bebé, todos los actos similares a un beso implicaban una cantidad considerable de baba o saliva, y el papá llamaba a aquello «babazo». A Ollie le gustaba el sonido de «babazo» más que el de «beso».

«Babazo» suena a, no sé, a que lo dices en serio, pensaba. «Beso» no está mal, pero ¿«babazo»? Es que suena mucho mejor.

Así que, cuando llegaba la hora de dormir, Billy siempre se llevaba un buen babazo de sus padres. Por las noches la mamá arropaba a Billy y decía:

–Haz que se sienta seguro, Ollie.

Después, salía del dormitorio y apagaba la luz.

Ollie se tomaba aquella petición muy en serio. «Seguro». Le gustaba cómo sonaba aquella palabra. Le gustaba su significado. Le gustaba el modo en que le hacía sentir. Era como «suave y cálido», pero mejor.

Así pues, procurar que Billy se sintiera seguro era la actividad preferida de Ollie. Apoyaba la cabeza en el pecho de Billy y escuchaba su corazón.

Soy el señor Seguro, se decía a sí mismo. Soy el guardián de la seguridad. El sumo seguromaestre del planeta Billy.

Para cuando Billy dejó de ser un bebé y se convirtió en un «chiquillo», un «chaval» o sencillamente un «chico» (*¿No lo ha sido siempre?*, se preguntaba Ollie), el juguete también había desarrollado un modo de lo más particular de hablar que Billy

entendía a la perfección. Una de sus palabras preferidas era «ñam».

Era una de las primeras palabras de Billy, y la decía cuando algo le gustaba mucho. Ollie, por supuesto, nunca comía, pero le asombraba la comida y su efecto en los humanos.

Cuando Billy y su padre comían helado, cerraban los ojos y decían «ñaaaaammmm» de un modo que resultaba de lo más alarmante. Mamá se reía de ellos y decía:

–Estáis en la gloria.

Por eso, en la mente de Ollie «ñam» era lo mejor de lo mejor.

Una noche, cuando Billy apenas había cumplido seis años y estaba a punto de quedarse dormido después de pasar un día completito y repleto de gloria, ñam y risas, preguntó:

–Ollie, adivina.

–¿El qué?

–Adivina cuál es mi cosa preferida.

–¿Los babazos de buenas noches de mamá y papá?

–Bueno, casi aciertas.

–¿Un día lleno de ñam en el que jugamos y nos ponemos morados?

–Casi, pero no es eso.

–Pues me rindo, Billy.

–Mi cosa preferida en este cuarto, en esta casa, en este país y en todo el universo de la Tierra y el espacio exterior y en todos los espacios que todavía no conocemos, mi cosa preferida...

–¡¿Qué es?!

Billy miró a Ollie y dijo sonriendo:

–Eres tú.

«Preferido». Esa palabra era muy grande.

En el mundo de los juguetes, ser «preferido» era una distinción especial. Era lo más ñam que había.

Un niño solo podía tener un preferido, y Ollie era el de Billy. Ollie sentía lo mismo por Billy. Y aprendió una palabra que se ajustaba mejor a sus sentimientos que cualquier otra palabra del mundo. *«Preferido» es mejor que «babazo», incluso mejor que «pertenencia», pensó Ollie. Es todas estas cosas y mucho más.*

Los demás juguetes del dormitorio de Billy supieron al instante lo ocurrido. Murmuraron entre sí sobrecogidos una y otra vez:

—Ollie es un preferido.

Un misterioso grupo de luciérnagas se agolpó al otro lado de la ventana, al parecer atraídas por la noticia. Con un solo soplo de viento, desaparecieron.

Sin embargo, algo más estaba escuchando aquella noche. Algo que no era del todo un juguete. Ni una persona. Pero odiaba a los juguetes preferidos. Enviaba a sus ayudantes a buscar preferidos. Los

buscaba sin descanso. Y, por su culpa, Ollie tendría que ejercer de sumo seguromaestre muchas veces en los días que siguieron.

